

José Montero Reguera, *Cervantismos de ayer y de hoy. Capítulos de historia cultural hispánica*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2011.

Mar González Mariano

Desde que en 1605 se publicara el *Quijote*, por entonces, en casa de Juan de la Cuesta, son muchos los escritores, críticos y ensayistas que han hecho de Cervantes una razón de ser. A partir de ese mismo momento, los estudios sobre el autor, las lecturas de su obra y el seguimiento de su recepción se ha venido a unificar bajo el común denominador de *cervantismo*. Con estas premisas comienza el libro en que José Montero Reguera revisa, a través de diferentes momentos de la historia y distintos lugares, la admiración, la atención y la deuda de muchas gentes con la figura literaria de Cervantes.

La perspectiva cronológica del volumen marca un recorrido que se inicia en el siglo XVII y que llega hasta nuestros días, deteniéndose en diferentes momentos claves de la lectura del *Quijote*, para entender las distintas motivaciones que llevan a un acercamiento multidisciplinar del libro. Los cuatro siglos que nos separan de aquella primera impresión se acogen a una diacronía rigurosa, en la que se repasan nombres y fechas claves en esa lectura del libro. Desde las primeras lecturas del *Quijote*, nacidas de una motivación lúdica, hasta los intentos por desentrañar los entresijos de la obra y las intenciones del autor, los lectores han ido moviéndose entre un plano real y otro simbólico, que permite infinidad de interpretaciones.

De esta forma expone en diversos apartados hechos tan singulares como el aspecto histórico y político del *Quijote* en la contienda y la coyuntura mediática entre el Reino de Castilla y Portugal (pp. 17-24), cuando hasta entonces la obra no sobrepasaba el interés puramente placentero. Llegarán también las visiones simbólicas de la novela, insinuadas ya en 1639 por Manuel de Faria e Sousa, y que se acentuarán, después, en una de las cartas marruecas de José Cadalso (1774), la número LXI, y que apunta lo siguiente: «*en esta nación hay un libro muy aplaudido por todas las demás. Lo he leído, y me ha gustado sin duda; pero no deja de mortificarme la sospecha de que el sentido literal es uno y*

el verdadero es otro muy diferente» (p.39). Cadalso anticipaba de esta forma la lectura trascendente del *Quijote*, efectuada a caballo entre los siglos XVIII y XIX por los románticos alemanes, quienes inauguran la interpretación simbólica y filosófica de la obra cervantina. Así pues el XVIII verá el texto cervantino como modelo de obra romántica, abriendo la obra hacia una nueva concepción en la que se entiende como reflejo de la ideología, la estética y la sensibilidad modernas. Será en esta centuria, la dieciochesca –como afirma Montero Reguera–, cuando nacerá una conciencia de *siglo de oro*, motivada por un sentimiento español frente a lo francés y lo italiano, una determinación de la hegemonía literaria tan importante como las de sus vecinos, que llevará a la transformación del *Quijote* en el clásico por antonomasia de ese periodo. Comienzan así los estudios antológicos de la literatura áurea y los comentarios a sus principales obras, a los que, por supuesto, no fue ajena la obra cervantina.

Otro de los aspectos que destaca Montero en sus páginas es el de un Cervantes geógrafo, que da ocasión a continuas anotaciones topográficas. Este conocimiento se materializó, entre otras cosas, en la inclusión de mapas e ilustraciones del recorrido quijotesco en las ediciones de la obra. A este respecto se refería Bowle White (1777), señalando la necesidad de acompañar la historia con mapas ilustrativos a las ediciones, que se convertirían en ayuda para el lector, pero también en fuente de entretenimiento. Aun cuando renunciara de antemano a la posibilidad de una traza geográfica exacta, Bowle se convirtió en el editor que incluyó un mapa acompañando el comentario a su edición de 1781. Se iniciaba así una tradición que habría de seguir viva en la mayoría de las ediciones comentadas del texto cervantino.

Cervantes y el teatro resulta una dicotomía interesante dentro del libro. Una relación que si bien no tuvo mucho éxito en la época cervantina, sí reaparece como fructífera cuando se observa, no solo las influencias en dramaturgos posteriores sino que es el propio autor del *Quijote* quien en sus novelas utiliza numerosos elementos teatrales, así lo vemos en los episodios de Cardenio (I, 24 y 27) y Dorotea (I, 28) o en los amores del cautivo y la hermosa Zoraida, entre otros; y en las *Novelas ejemplares* como «La ilustre fregona» o «Las dos doncellas». Será también la obra cervantina la que ofrezca un extenso corpus de personajes y motivos al teatro español del siglo XVIII, tal como registró Felipe Pérez Capo ya en 1947, señalando esta influencia cervantina en 290 obras, a las que podrían sumarse algunas más según estudios recientes. No solo el hidalgo caballero y su inseparable Sancho son abundantemente imitados, también los capítulos intercalados como *La novela del curioso impertinente* (I, 33-

35) o la historia del capitán cautivo (I, 39-41) ofrecen un sinfín de motivos. La deuda que el teatro posterior adquiere con Cervantes resulta especialmente evidente en la obra del duque de Rivas, *Don Álvaro y la fuerza del sino* (1835). Su protagonista y héroe romántico aparece en escena de una forma natural, gracias a conversaciones entre personajes, a las acotaciones o también por la intromisión de rasgos distintivos de la personalidad, lo que lleva a pensar en claras influencias cervantistas. Sin embargo –apunta Montero Reguera– esta técnica novedosa para el 1835, no lo era tanto, puesto que en buena parte del teatro áureo ya era posible encontrarla, por ejemplo, en *El alcalde de Zalamea* (1636) de Calderón de la Barca.

Un planteamiento controvertido sobre el origen andaluz de Cervantes, va a originar toda una serie de investigaciones iniciadas ya en el mismo siglo XVII. Unos estudios basados principalmente en aspectos singulares del lenguaje utilizado por Cervantes, también en su estancia por largos años, en tierras sevillanas y en su propia ascendencia cordobesa. La primera sospecha del origen andaluz sale tras la publicación de la *Bibliotheca Hispana Nova* (1788) de Nicolás Antonio y donde reza: «sevillano de nacimiento o de origen». En este sentido el siglo XVIII y las voces de Gregorio Mayans (*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, 1737) y del padre Sarmiento (*Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de Miguel de Cervantes*, 1761) verán insuficientes los datos del bibliógrafo para confirmar un origen sureño a Cervantes, a lo que hay que sumar el conocimiento de la *Historia de Argel* (1752) del padre Haedo y el descubrimiento de la partida de nacimiento de Cervantes en Alcalá de Henares. Sin embargo, un siglo después, el XIX, volverá a reconsiderar los orígenes andaluces del escritor impulsados por Martín Fernández de Navarrete (*Vida de Miguel de Cervantes*, 1819) para más tarde ser definitivamente defendidos por Francisco Rodríguez Marín (“Cervantes en Andalucía”, *Estudios*, 1905), ya entrada la centuria pasada. Una cuestión, la del andalucismo, que aún hoy sigue motivando diversas investigaciones y estudios. A ello contribuyen los trabajos de Emilio Orozco (1980) y Francisco Márquez de Villanueva (1999). El libro *¿Cuándo, dónde y cómo se escribió el Quijote de 1605?* permite a Orozco revisar viejas ideas y teorías sobre el andalucismo de Cervantes para llegar a concluir que este aspecto no es secundario en la obra sino que proporciona abundante material literario (y vivido) que se integra en el libro a través del prólogo, de las situaciones geográficas –camino real a Sevilla–, de la cárcel sevillana, o de algunos modelos vivos (en Sevilla o La Mancha). Por su parte Villanueva aporta en su obra *Sevilla y Cervantes, una vez más* la perspectiva de incluir la ciudad andaluza como

un personaje importante en la novela cervantina, una manera de reflejar la ciudad de finales del XVI y convertirla en un factor determinante dentro del propio *Quijote*.

Los estudios cervantinos que se inician en el siglo XX resultan, cuando menos, difíciles de sintetizar y así lo sugiere José Montero cuando intenta abarcar esta centuria. Para abordarlo recuerda acontecimientos importantes de finales del diecinueve, entre ellos la penetración generalizada del *Quijote* en el sistema educativo español, lo que origina toda una variedad de ediciones destinadas a ello y que culminará con la incorporación de la obra a los manuales de historia de la literatura española. No olvida tampoco nombres destacados del cervantismo decimonónico como Juan Eugenio Hartzenbusch, Pascual de Gayangos, Manuel Milá y Fontanals, Adolfo de Castro, José María Asencio y Toledo, entre otros. Tampoco autores de la talla de Juan Valera, María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas Clarín o Emilia Pardo Bazán, quienes contribuyen con su pluma a ratificar una deuda con Cervantes y el *Quijote*.

Las fechas claves de la centuria que se inicia, el siglo XX, proporcionan nuevos estudios que realzan la figura de *Don Quijote*. Así pues, en 1905 se conmemora el tercer centenario de la publicación del libro, en un clima renovado por jóvenes noventayochistas y modernistas que sucumben ante la figura del héroe, en su mayoría son acusados *quijotistas* antes que *cervantistas*, tanto es así que el libro «será literalmente canonizado». Entre los nombres ilustres destacan Miguel de Unamuno, Azorín, Pío Baroja y el propio Antonio Machado, este último defensor a ultranza del carácter popular y folklórico del libro, un libro que considera ante todo español. Para Machado dos obras de principios del siglo resultan especialmente importantes en su personal visión del *Quijote*, *Meditaciones sobre el Quijote* (Ortega y Gasset, 1914) y *Vida de Don Quijote y Sancho* (Unamuno, 1905).

Años después, en 1925, Américo Castro y su obra *El pensamiento de Cervantes*, dará una visión totalmente novedosa y situará al autor del *Quijote* en las coordenadas propias de su época, un conocedor de la realidad imperante de su entorno, del erasmismo, de las relaciones con la cultura italiana y del humanismo renacentista. Se estudiará por primera vez el peculiar concepto cervantino del honor, su hipocresía, el perspectivismo o la realidad oscilante. Un libro, el de Castro, que va a tener una influencia notable en estudios cervantistas posteriores. En el mismo camino se encuentra la creación de la Escuela Filológica Española, donde será colaborador Castro y otros nombres de la talla de Tomás

Navarro Tomás o Vicente García de Diego que junto al fundador y director, Ramón Menéndez Pidal, contará con los discípulos Amado Alonso, Federico de Onís, Dámaso Alonso, Samuel Gili Gaya y Rafael Lapesa entre otros. Aunque en principio los objetivos de la escuela son más filológicos que cervantistas, la constante lectura de la obra cervantina hace pensar, en ocasiones, lo contrario y el propio Menéndez Pidal resaltaba de entre sus trabajos los dedicados al *Quijote* como los predilectos.

Con la llegada de la guerra en 1936 muchos de los integrantes de la escuela se ven obligados a salir de España y se reparten por la geografía americana y estadounidense, por lo que Cervantes y el hispanismo renuevan su hegemonía fuera del ámbito nacional. En el caso de América Latina la relación es especialmente fructífera, a un lado y otro del Atlántico se suceden escritores, críticos y ensayistas preocupados por el legado cervantista. José Montero, cuando trata la relación con Latinoamérica retrocede en el tiempo para poner sobre el tapete escritores del siglo XIX y más atrás aún, del XVIII, que guardan alguna relación con la obra de Cervantes. Tal es el caso de don Calisto Bustamante Carlos Inca y su *Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima* (1773), al parecer de cierta dependencia cervantina, y de José Joaquín Fernández Lizardi, autor de *Periquillo Sarmiento* (1816-31) y *La Quijotita y su prima* (1818-19), con evidentes huellas cervantistas. Entrada ya la centuria del siglo XX, recuerda Montero Reguera nombres propios del cervantismo hispanoamericano que toman el *Quijote* como el libro por antonomasia, a la luz de sus páginas el autor reseña los nombres de autores como Francisco de A. Icaza, Federico de Onís, Amado Alonso, Arturo Marasso, Ana María Barrenechea, Celina Sabor de Cortázar, Isaías Lerner, Luis Andrés Murillo, José Gaos y Carlos Fuentes.

En la década de los ochenta la creación de nuevas instituciones (la Cervantes Society of América, 1978, o la Asociación de Cervantistas, 1988) y los numerosos congresos y actividades (especialmente recordados los del período 1991-92) dedicados a Cervantes y su obra dan una idea de la buena salud de la que siguen gozando los estudios cervantinos. A los últimos años del XX y principios de nuestro siglo, José Montero dedica sus últimas páginas, en ellos destaca el ilusionado viaje de los cervantistas a Lepanto y los numerosos congresos y actividades dedicados al escritor áureo, así como las evocaciones a estudiosos del tema entre los que destaca a Vicente Gaos, Alberto Porqueras Mayo y a su estimado compañero José María Casasayas. Se trata, en suma, de un recorrido necesario, pertinente y bien resuelto por las complejas trayectorias que el

cervantismo ha seguido desde sus inicios, a la sombra misma del *Quijote*, hasta nuestros días.